

## **Sobre el aljibe**

El agua turbia y oscura la rodeaba.

Carolina apretó con fuerza las piedras musgosas para sentir algo que no fuese esa fría envoltura. La textura lisa y dura de un cráneo putrefacto, rozó la planta de su pie. Había sucedido tantas veces que ya no reaccionaba de ninguna forma.

Oyó voces distantes que venían de la aldea y se concentró en ellas con todas sus fuerzas para no perder la consciencia. Se oían lejos; nadie se acercaba al aljibe en la entrada del bosque, y mucho menos en una noche como esa.

Era inútil llamar por ayuda si los únicos que la escucharían serían los mismos que, tres días atrás, la habían puesto allí dentro.

Ese año, la gente de la aldea la había votado como la joven más bella de la comunidad. Carolina se había hundido en su asiento mientras lágrimas se formaban en sus ojos. Observó cómo las demás jóvenes la miraban con recelo, incluso si ser la más bella significaba morir sola y aterrorizada y servir como objeto de sacrificio a un dios cuya existencia no era objetiva ¿Tan lavado estaba su cerebro? ¿Tanto, como para ser dóciles y obsecuentes con algo que, cada diez años, significaba despedir a una de ellas? ¿Una mujer que podía ser su madre, su hermana o ella misma? Quería gritarles todo lo que pensaba, pero era como si en su garganta hubiera una red que no la dejaba emitir sonido.

Pero la mirada que más la partió fue la de su padre. Dura, impasible. Supo al verla que estaba perdida.

Y ahora, ahí estaba. El hambre la consumía y le dolían todos los músculos cuyos nombres sabía. Le sangraban las manos de aferrarse a las piedras para no ahogarse y luchaba para que sus ojos no se cerraran y su consciencia le fallara.

Nadie era inocente. Desde todo aquel que accedía a votar hasta los hombres que la habían arrastrado hasta allí mientras ella gritaba y se retorció buscando una salida.

Según los libros que enseñaban la religión, la luna era en realidad el ojo amenazante del Cuervo, que pestañeaba lentamente a través del ciclo lunar.

Una vez cada diez años, en la tercera noche de luna llena del año, el ojo del cuervo, abierto en su máximo extremo y posicionado en su punto más alto, debía observar dentro de un aljibe. Dentro debía estar la mujer joven más bella de la comunidad, puesta ahí tres días antes.

Bajaría entonces el Cuervo, y se llevaría su alma.

Ella nunca había creído en el Cuervo. Creía que la luna era simplemente un astro más. Siempre había estado en contra del sacrificio de jóvenes inocentes. El ritual decía que al tercer día el Cuervo se llevaría su alma, pero ¿quién decía que morían al tercer día? ¿quién estaba para confirmarlo? Si las dejaban allí, sufriendo y esperando la muerte solas, solas y traicionadas por todo al que habían conocido. E incluso después de eso, nadie iba por sus cuerpos. Y ahí seguían sus carcasas, en el fondo del aljibe, tocando de vez en cuando la piel de Carolina, recordándole que así ella también terminaría.

Entre esa pila de huesos en el fondo del aljibe estaban los de su madre.

Esa noche, Carolina se enteraría por experiencia si el ritual era verdadero y el Cuervo bajaría realmente a llevársela. A este punto - odiándose a sí misma por eso y en contra de todo principio que alguna vez había seguido - esperaba que lo fuera para no tener que esperar más el beso de la muerte.

Sus palmas ardían y su cuerpo temblaba. Ella observaba el cielo nocturno poblado de estrellas.

Hace más de un día que había dejado de llorar y había decidido hacer lo más que podía para entregarse al frío de la muerte. Pero cuando vio una etérea luz, saliendo del borde curvo del aljibe, no pudo evitar que el miedo la llenara otra vez.

Se pegó a la pared del aljibe para ver mejor y confirmó lo que sospechaba; la luna llena ya se imponía, como un verdugo sobre su víctima, por el borde del aljibe.

Con manía en sus ojos, Carolina no pudo quedarse quieta. Desesperadamente, empezó a agarrar las piedras, lo cual le fue más fácil al estar estas hundidas hacia adentro por los años, y a utilizarlas para trepar. Utilizó todas las fuerzas que le quedaban para impulsarse hacia arriba con las piedras, apoyando sus pies en las que estaban más abajo. Cada brazo que levantaba era una carga enorme, pero para trepar debía mirar hacia arriba, y la luna llena que cada vez acechaba más de cerca al aljibe la mantuvo en camino.

La piedra áspera raspaba su piel y el suave musgo que de vez en cuando la sorprendía la hacía resbalar. No estaba tan abajo; se acercaba a la salida. Tomando una bocanada de aire, estiró el brazo una vez más y se sostuvo, finalmente, con el borde ancho del aljibe.

Arrojó el otro brazo hacia arriba y se impulsó con fuerza.

Su cuerpo quedó doblado sobre el borde, y debió detenerse a respirar antes de continuar. Fue entonces que escuchó voces de la aldea.

Eran gritos. Carolina no podía distinguirlos todos, pero pudo ver de lejos que había gente afuera, y la estaban señalando. Oyó a una mujer;

“¡Está escapando! ¡Que alguien la detenga!”

Entonces el hombre que estaba más cerca, se dio vuelta y Carolina advirtió la presencia de su padre.

El destello furioso de sus ojos, que los suyos miraron directamente, activaron su instinto. Se impulsó fuera del aljibe, casi arrojándose, y cayó al piso con un ruido sordo que la hizo emitir un quejido.

Se levantó rápidamente, con el peso de su vestido blanco empapado y ahora embarrado.

Sin mucho tiempo para dudar, despegó hacia la entrada del negro bosque, cercano al aljibe.

“No intentes escapar de este pueblo, Carolina...” Oyó el grito de su padre. “¡No puedes escapar de tu destino!”

Pero Carolina corrió. Corrió, aunque todo su cuerpo le pedía que parara y el suelo punzante lastimara las plantas de sus pies. Sintió la brisa en su cara que le quitaba el pelo empapado del rostro, y sintió un dolor punzante en la mejilla.

Siguió corriendo, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. El cansancio la vencía a cada segundo, pero la mantenía en pie su deseo por estar lejos del pueblo y del aljibe. Recordaba cómo días atrás, después de los resultados de la votación, la habían coronado con flores mientras lloraba. La habían llamado egoísta por no aceptar su deber, le habían advertido de las tragedias que ocurrirían si el Cuervo miraba dentro del aljibe y ella no se encontraba dentro. Así lo dictaba Él. Era necesario el sacrificio, o haría que la catástrofe cayera sobre los servidores infieles a su dios.

Aquella noche de luna creciente, la arrastraron hasta el aljibe a esperar su destino.

Cerró fuerte los ojos y lágrimas rodaron por sus mejillas al recordarlo. Por eso, siguió corriendo. Corrió hasta que sus piernas comenzaron a hundirse en el barro, y el impedimento la ralentizó.

Siguió caminando un par de pasos más. No estaba segura de cuánto había corrido, pero para ella habían sido kilómetros. En su última zancada sintió cómo el barro se hacía más profundo que nunca y cayó sobre él con un gruñido. El piso la recibió fría pero suavemente.

Se dio un momento para respirar, y luego con sus manos se empujó hacia arriba y miró hacia delante, levantando pesadamente la cabeza y mirando a través de sus cejas.

Creía que sus ojos la engañaban, y quiso sacudirse la vista que tenía enfrente. Rápidamente se puso de pie, pestañeando rápidamente, pero lo que veía no desapareció.

Estaba en la entrada del bosque; el campo se extendía frente a ella. Y también frente a ella, inamovible e infinito, maldito y sagrado, se encontraba el aljibe del sacrificio.

Carolina se paró sobre él con impotencia mientras la niebla oscilaba y se enroscaba alrededor de sus tobillos. Miró hacia arriba y vio el ojo ominoso del Cuervo, abierto como nunca antes. Volvió su mirada hacia abajo y observó entonces cómo su reflejo perlado se colocaba, centrado, sobre el agua del aljibe.

Era su hora.

Sin embargo, ella estaba viva.

La confusión y el miedo llenaron hasta las profundidades de su alma. Este sentimiento aumentó cuando notó que se oía un sonido; espeluznantes graznidos de cuervo... que provenían del aljibe. Buscó de qué parte de él venía ese ruido espantoso. Ahora que veía la estructura desde arriba, pudo disipar, entre dos de las piedras más altas, un pequeño aparato. Parecía un parlante. Y entonces, en su mente todo encajó.

Nunca había creído en aquel dios inventado que más se asimilaba a un demonio. Tenía que comunicárselo al pueblo, generar una revolución. Pensó en las mujeres víctimas de una mentira y en todas las lágrimas en vano. Comenzó a dar pasos hacia atrás lentamente.

Su espalda embarrada chocó contra una superficie.

Carolina se dio la vuelta y su corazón se encogió al ver el rostro enfurecido de su padre. El verdadero demonio. Ya no tuvo fuerzas para gritar, y no pudo sino escuchar lo que él le repetía;

“No puedes escapar del destino, Carolina.” Dijo, y su voz sonó grave en el campo abierto, como el sonido de un órgano en la noche. “El Cuervo así lo dicta.”

Y sin vacilar, la empujó otra vez dentro del aljibe. Y esta vez sí, Carolina emitió un último grito de terror, antes de que su cráneo se partiera contra las piedras crueles del aljibe.